

Michel Foucault

Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones

Selección, introducción y traducción
de Miguel Morey



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1981
Tercera edición: 2012
Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, y Materiales, S. A. de Estudios y Publicaciones,
Madrid, 1981, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0852-5
Depósito legal: M. 21.376-2012
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción

- 29 Un diálogo sobre el poder. Gilles Deleuze/Michel Foucault
- 44 Sobre la justicia popular. Debate con los Maos
- 90 A propósito del encierro penitenciario
- 107 Poderes y estrategias
- 124 Encierro, psiquiatría, prisión. Diálogo entre David Cooper, Marie-Odile Faye, Jean-Pierre Faye, Michel Foucault y Marine Zecca
- 169 Verdad y poder. Diálogo con M. Fontana
- 191 No al sexo rey. Entrevista por Bernard Henry-Levy

Introducción

*Non pas prédire, mais être attentif à
l'inconnu qui frappe à la porte.*

Gilles Deleuze

Corría el año 1978 cuando este libro se publicó por vez primera, durante aquel interregno confuso que medió entre la muerte de Franco y la proclamación de la Constitución. Apareció primero en la editorial Materiales, gracias al interés –y un interés no exento de riesgos, por entonces– de Jacobo Muñoz, que fue quien me propuso elaborar una selección de textos breves de Michel Foucault que sirviera como presentación general del nuevo giro político de su pensamiento, tal como quedaba manifestado básicamente por la reciente publicación de *Surveiller et punir: Naissance de la prison* (1975; trad. cast.: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 2000¹²) y *La volonté de savoir (Histoire de la sexualité, I*, 1976; trad. cast.: *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1995³). Por aquí, por entonces, el pensamiento de Foucault no era ni conocido ni apreciado. El sector más obsoleto de nuestra acade-

mia filosófica, llamémosla así, tenía a gala ignorarlo, en la medida en que, se decía, su trabajo no tenía nada que ver con la filosofía. Por su parte, el sector presuntamente progresista de la misma, además de desconocerlo igualmente, denunciaba con grandes aspavientos y a la menor ocasión sus graves peligros, en uno más de aquellos achaques de estalinismo de salón tan frecuentes por entonces. Los intelectuales con vocación de pastoreo universalista, unos y otros, tantos como había con aspiraciones a algún puesto como portavoz y conciencia crítica de la humanidad, se sentían irritados y más que confusos ante alguien cuya obra insistía en descalificar la ignominia de todos cuantos pretendían hablar en nombre de los demás, como sus legítimos representantes. Es evidente que el sueño mayor de Foucault, el del intelectual como destructor de evidencias simplemente, les sabía a poco, o acaso les venía demasiado grande. El propio Manuel Sacristán, alma mentora de la revista *Materiales* en aquellos tiempos, había acuñado y puesto en circulación una consigna que no tardó en ser comidilla ideal para todos los más obtusos resentimientos escolares. Así, se hizo penosamente famosa su denuncia de la «flojera epistemológica de los franceses», elogio a la ignorancia mediante el que el gran maestro avalaba doctamente el desconocimiento del trabajo de gentes como Bachelard, Canguilhem, Guérout, Koyré, Serres y tantos otros. Por más que especialmente doloroso, se trata tan sólo de un ejemplo más entre muchos otros. En realidad, en este país, Eugenio Trías fue de los pocos en reivindicar la necesidad de atender a la lección de Foucault, y a todas sus graves implicaciones. Pero el mismo trabajo de Trías era entonces

también objeto de las más tonantes descalificaciones académicas: por excéntrico, en el sentido literal del término, cuando no por frívolo. En este triste contexto apareció este libro por primera vez, en la editorial Materiales, y luego, con un nuevo título y un prólogo notablemente aligerado, en 1981, con las aguas ya más apaciguadas, en Alianza Editorial¹.

A tenor de lo dicho, se comprenderá que se trataba de una operación algo delicada: había que seleccionar primero una batería de textos que mostraran limpiamente las líneas maestras de lo que con el tiempo se calificaría como etapa genealógica de Foucault. Y presentarlos luego de un modo lo suficientemente claro y sensato como para sortear tanto los prejuicios de quienes desde cualquiera de los dogmatismos ideológicos al uso consideraban peligroso su pensamiento cuanto la pereza intelectual de los más, quienes, enfrentados a un esfuerzo de comprensión quizá excesivo, se apresuraban a calificarlo de galimatías sin pies ni cabeza—cómplices unos y otros de una misma voluntad por mantenerlo extramuros del ámbito consensuado de lo académicamente pensable—. Así las cosas, la ayuda de Gilles Deleuze fue, aquí como en tantas otras ocasiones, fundamental. La reseña que hizo en la revista *Critique* presentando la novedad que significaba *Surveiller et punir* parecía guiada por una voluntad análoga de ser claro y sensato, como si la recepción del pensamiento de Foucault en Francia estuviera amenazada, también allí, por prejuicios similares.

1. Miguel Morey (ed.), *Sexo, verdad, poder. Conversaciones con Michel Foucault*, Barcelona, Materiales, 1978. Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

Según Deleuze, la caja de herramientas puesta en obra por Foucault podía explicarse como un ejercicio de suspensión metódica de los principales postulados mantenidos por los discursos tradicionales acerca del poder, como resultado de un ensayo por poner entre paréntesis al modo fenomenológico una serie de prejuicios, de tesis tópicas que guían los análisis políticos al uso y que son entendidos ahora como obstáculos que impiden un acceso fecundo a la problemática del poder contemporáneo. A mi entender, la estrategia expositiva de Deleuze conserva hoy íntegro su valor, y merece ser recordada. Cinco serán los postulados cuya renuncia metodológica reclama Foucault, y que, tal como son tematizados por Deleuze, rezan del siguiente modo²:

1. *Postulado de la Propiedad* (según el cual el poder es algo que posee la clase dominante). El poder no se posee, se ejerce. No es una propiedad, es una estrategia: algo que está en juego. Sus efectos no son atribuibles a una apropiación, sino a dispositivos de funcionamiento. Dispositivos que no son unívocos, sino coyunturales (el poder no tiene finalidad ni sentido); dispositivos que siempre pueden ser invertidos, en un momento dado. «Este nuevo funcionalismo no niega ciertamente la existencia de las clases y de sus luchas, pero dibu-

2. G. Deleuze, «Écrivain non: un nouveau cartographe», en *Critique*, 343, 1975. Este texto ha quedado recogido en G. D., *Foucault*, París, Minuit, 1986 (trad. cast.: *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1987). Foucault por su parte lo tomará como punto de partida de la reflexión metódica que lleva cabo en *La volonté de savoir (Histoire de la sexualité, I)*, París, Gallimard, 1976.

ja otro cuadro, con otros paisajes, otros personajes, otros procedimientos que aquellos a los que la historia tradicional, incluso marxista, nos había acostumbrado: “puntos innumerables de enfrentamiento; hogares de inestabilidad, con sus riesgos de conflicto cada uno, de luchas y de inversión por lo menos transitoria de las relaciones de fuerza”, sin analogía ni homología, sin univocidad, pero con un tipo original de continuidad posible.»

2. *Postulado de la Localización* (según el cual el poder debe entenderse como poder del Estado). El Estado no es el lugar privilegiado del poder; su poder es un efecto de conjunto. Hay que atender a la microfísica del poder: a sus hogares moleculares. Este espejismo del Estado vehicula, por lo menos, dos grandes errores políticos: a) plantear la toma del Estado como toma del poder; b) plantear un contra-Estado (el Partido, el Sindicato) como forma óptima de ejercicio del poder. «Al funcionalismo de Foucault le corresponde una topología moderna que no asigna ya un lugar privilegiado como fuente del poder, y no puede seguir aceptando una localización puntual (hay una concepción del espacio social tan nueva como la de los espacios físicos y matemáticos actuales, como también para la continuidad).»
3. *Postulado de la Subordinación* (según el cual el poder encarnado en el aparato de Estado estaría subordinado a un modo de producción que sería su infraestructura). Aquí, su réplica al mecanicismo comunista se hará enteramente nítido: evidentemente que es posible hallar correspondencias más o menos estrictas entre

un modo de producción que plantea unas necesidades y una serie de mecanismos que se ofrecen como solución. Pero hay que evitar el concepto estrecho de determinación, mostrando lo que hay de invento en el modo como se solucionan los problemas infraestructurales. El poder no es una mera sobreestructura. Toda economía supone unos mecanismos de poder inmiscuidos en ella. Hay que abandonar el modelo del espacio piramidal trascendente por el de un espacio inmanente hecho de segmentos. «El poder tiene como caracteres la inmanencia de su campo, sin unificación trascendente; la continuidad de su línea, sin una centralización global; la contigüidad de sus segmentos sin totalización distinta: espacio serial.»

4. *Postulado del Modo de Acción* (según el cual el poder actúa por medio de mecanismos de represión e ideología). Éstas no son sino estrategias extremas del poder, que en ningún modo se contenta con impedir y excluir, o hacer creer y ocultar. El poder produce, a través de una transformación técnica de los individuos. Conviene tener muy presente este aspecto organizacional del poder que hace decir a Foucault: el poder produce lo Real. En nuestras sociedades, esta transformación técnica de los individuos, esta producción de lo real, va a recibir un nombre: normalización, la forma moderna de la servidumbre. Normalización es, por supuesto, imperio de lo normal, de la media estadística, de la somnolencia a lo acostumbrado, pero también quiere nombrarse así la preeminencia de la norma en este ámbito, su proliferación cancerígena que recubre y despuebla todos los espacios abiertos de la ley. El 8 de

octubre de 1976, en *Radio France*, en el curso de un debate sobre «L'expertise médico-légal» Foucault establecerá las siguientes diferencias a retener entre el ámbito de la ley y el de la norma: *a)* La ley es binaria (legal-ilegal); la norma está constituida por un sistema de gradaciones. *b)* La ley sólo interviene en caso de infracción; la norma interviene a lo largo de toda la vida. *c)* La ley interviene sólo cuando una institución (especialmente la judicial) se hace cargo de ella; la norma se da en un encabalgamiento de instituciones, es siempre una multiplicidad la que la hace funcionar. *d)* La ley puede (debe) ser conocida, en principio; sólo conocen la norma quienes la establecen a partir de un cierto saber. *e)* La ley actúa al descubierto; la norma actúa en la sombra y por medio de los «normalizadores competentes».

5. *Postulado de la Legalidad* (según el cual el poder del Estado se expresa por medio de la ley). Debe ponerse en juego otra comprensión de la ley: entender la ley no como lo que demarca limpiamente dos dominios –legalidad-ilegalidad–, sino como un procedimiento por medio del cual se gestionan ilegalismos. Ilegalismos que la ley permite o inventa como privilegios de clase; o que tolera como compensación, o para recuperarlos en otro terreno en favor de la clase dominante; o bien ilegalismos que prohíbe, aísla y define como medio de dominación. La ley no es un estado de paz –no es la carta otorgada por el nuevo soberano el día de su victoria–, sino la batalla perpetua: el ejercicio actual de unas estrategias. «Únicamente una ficción puede hacer creer que las leyes están hechas para ser respetadas, que la policía y los tribunales están destinados a hacer que se

las respete. Únicamente una ficción teórica puede hacernos creer que nos hemos suscrito de una vez por todas a las leyes de la sociedad a la que pertenecemos. Todo el mundo sabe también que las leyes están hechas por unos, y que se imponen a los demás. Pero al parecer podemos dar un paso más. El ilegalismo no es un accidente, una imperfección más o menos inevitable. Es un elemento absolutamente positivo del funcionamiento social, cuyo papel está previsto en la estrategia general de la sociedad. Todo dispositivo legislativo ha articulado unos espacios protegidos y provechosos en los que la ley puede ser violada, con otros en los que puede ser ignorada, con otros finalmente en los que las infracciones son sancionadas. En el límite, me atrevería a decir que la ley no está hecha para impedir tal o cual tipo de comportamiento, sino para diferenciar las maneras de vulnerar a la misma ley.» Éstas eran las palabras con las que Foucault presentaba su libro al público a través del diario *Le Monde*, en aquellos tiempos.

Deleuze concluirá su análisis de estos postulados saludando la novedad y la importancia del espacio que abren, con estas palabras:

Es como si una complicidad con el Estado se hubiera roto. Foucault no se contenta con decir que hay que repensar determinadas nociones, ni siquiera lo dice, lo hace, y propone así nuevas coordenadas para la práctica. En el trasfondo ruge una batalla, con sus tácticas locales, sus estrategias de conjunto, que no proceden, sin embargo, por totalización,

sino mediante relevadores, empalmes, convergencias, prolongamientos. Se trata de la pregunta: ¿Qué hacer? El privilegio teórico que el marxismo da al Estado como aparato de poder implica de un cierto modo su concepción práctica del partido director, centralizador, que procede a la conquista del poder del Estado; pero a la inversa, es esta concepción organizativa del partido la que se hace justificar por esta teoría del poder. Una teoría distinta, otra práctica de lucha, otra organización estratégica son el envite del libro de Foucault.

Hasta aquí esta primera ayuda de Deleuze, cuyas palabras finales, sin embargo, levantan alguna duda razonable. ¿Otra teoría política? ¿Otra práctica de lucha? ¿Otra organización estratégica? Sí, tal vez sí. Si se tiene presente la caracterización de la teoría como caja de herramientas³, tal vez pueda decirse que en *Surveiller et punir* está en obra otra mirada sobre el poder y lo político, con su abertura específica, su propia distancia focal y un nuevo ángulo de campo visual, y de una gran luminosidad: el efecto al que Deleuze alude es manifiesto: *es como si una complicidad con el Estado se hubiera roto...* Sin embargo, ¿qué puede decirse de las luchas, de la organización estratégica que se aviene con esta mirada? Puede decirse que Foucault estuvo presente y activo en no pocas batallas políticas desde la fundación del GIP (Groupe d'Information sur les Prisons) hasta la publicación de *Surveiller et punir*, y aún después no dejará de sentirse su presencia y de hacer oír su voz. Mu-

3. Véase al respecto el texto «Poderes y estrategias», incluido en el presente volumen, pp. 107-123.

chos recordamos todavía su azarosa llegada a Madrid, en septiembre de 1975, junto a Y. Montand, Costa Gavras, J. Lacouture, J. Daniel, Cl. Mauriac, R. Debray... con la intención de leer un manifiesto en contra de las once condenas a muerte dictadas por los últimos días del franquismo. Fueron detenidos casi inmediatamente, y expulsados del país. Y pocos días después se ejecutaron las sentencias.

Algo que no debe olvidarse es que *Surveiller et punir* es ante todo un texto en el que se describen las condiciones de posibilidad que van a permitir el nacimiento de la penalidad carceral moderna y que harán de la prisión modelo abstracto para todas las instituciones totales (escuela, hospital, cuartel, fábrica...) que tienen a su cargo la producción técnica de individuos normalizados. La investigación se interrumpe abruptamente cuando Foucault entiende que ya han quedado descritas las bases para el nacimiento de un nuevo orden de gestión política, alrededor de 1830, y ni una palabra se dice del futuro que vendrá de nuestro presente. ¿Estamos legitimados entonces para aplicar sus análisis al funcionamiento de nuestro presente? Podemos describir nuestra sociedad como una sociedad normalizadora, está claro, pero, ¿sigue siendo una sociedad disciplinaria? ¿Es ésa la manera específica como lleva a cabo hoy la gestión técnica de los individuos y las poblaciones? Sabemos que también con *Histoire de la folie* (trad. cast.: *Historia de la locura en la época clásica*, México-Madrid, FCE, 1985⁵) ocurrió un problema análogo: también allí su análisis termina en los años 1840 y sin embargo ello no evitó que las instituciones *psi-* se sintieran dolidamente aludidas

por sus críticas. En Brasil, en 1975, Foucault bromeaba al respecto:

Es divertido y curioso. Los psiquiatras siempre han pensado que yo hablaba de la enfermedad mental, de la psiquiatría contemporánea, que hablaba del funcionamiento de las instituciones psiquiátricas. Basta leer mi libro para ver que hablo de las instituciones que se relacionan con la locura, desde el siglo XVI a 1840 (Esquirol). La irritación, la negación del *de-recho de abordar este tema si no se es psiquiatra* es significativa. Un día, en una radio francesa, un psiquiatra se levantó rojo de ira y golpeando con el puño en la mesa dijo que *yo no podía estar hablando de esas cosas porque no era psiquiatra*. Yo estaba hablando tan sólo de cosas que cualquier historiador puede conocer. Y que los psiquiatras no conocen. No es necesario ser psiquiatra para saber cómo era el régimen de internamiento en el siglo XVIII. Esta irritación es la mejor verificación de lo que he dicho. Se reconocieron en una verdad histórica. Dicen: *Está hablando de la psiquiatría contemporánea*. Es decir que: ¡los métodos aplicados en 1840 son todavía actuales! Bromas aparte, no está claro que pueda decirse lo mismo en el caso de nuestra economía de poder: hoy sabemos sin ningún lugar a dudas que nuestro sistema de gestión política de los individuos es (¿diferencia de grado?, ¿diferencia de naturaleza?) mucho más eficiente, mucho más sabio...

Por ello la siguiente advertencia de Deleuze vuelve a ser, de nuevo, sabia y oportuna.

Pertenece a ciertos dispositivos y obramos en ellos. La novedad de unos dispositivos respecto de los anteriores es lo

que llamamos su actualidad, nuestra actualidad. Lo nuevo es lo actual. Lo actual no es lo que somos sino que es más bien lo que vamos siendo, lo que llegamos a ser, es decir, lo otro, nuestra diferente evolución. En todo dispositivo hay que distinguir lo que somos (lo que ya no somos) y lo que estamos siendo: *la parte de la historia y la parte de lo actual*. La historia es el archivo, la configuración de lo que somos y dejamos de ser, en tanto que lo actual es el esbozo de lo que vamos siendo. De modo que la historia o el archivo es lo que nos separa de nosotros mismos, en tanto que lo actual es eso otro con lo cual ya coincidimos. A veces se ha creído que Foucault trazaba el cuadro de las sociedades modernas como otros tantos dispositivos disciplinarios, por oposición a los viejos dispositivos de la soberanía. Pero no hay nada de eso: las disciplinas descritas por Foucault son la historia de lo que poco a poco dejamos de ser, y nuestra actualidad se dibuja en disposiciones de *control* abierto y continuo, disposiciones muy diferentes de las recientes disciplinas cerradas. Foucault está de acuerdo con Burroughs, quien anuncia nuestro futuro controlado antes que disciplinado. La cuestión no es saber si esto es mejor o peor. Pues también apelamos a producciones de subjetividad capaces de resistir a esta nueva dominación, muy diferentes de aquellas que se ejercían antes contra las disciplinas. ¿Una nueva luz, nuevas enunciaciones, una nueva potencia, nuevas formas de subjetivación? En todo dispositivo debemos desenmarañar y distinguir las líneas del pasado reciente y las líneas del futuro próximo, la parte del archivo y la parte de lo actual, la parte de la historia y la parte del acontecer, *la parte de la analítica y la parte del diagnóstico*. Si Foucault es un gran filósofo, lo es porque se valió de la historia en provecho de otra cosa; como decía

Nietzsche, obrar contra el tiempo y así sobre el tiempo a favor de un tiempo futuro. Pues lo que se manifiesta como lo actual o lo nuevo, según Foucault, es lo que Nietzsche llamaba lo intempestivo, lo inactual, ese acontecer que se bifurca con la historia, ese diagnóstico que toma el relevo del análisis por otros caminos. No se trata de predecir, sino de estar atento a lo desconocido que llama a nuestra puerta⁴.

Sin duda esta distinción entre la parte analítica y la parte del diagnóstico en los escritos de Foucault es fundamental para comprender correctamente los alcances de su trabajo. Por entonces, su tarea analítica sobre nuestro pasado reciente, sobre la parte de la historia o el archivo de lo que somos (y comenzamos a no ser ya) empezaba a ser plenamente asequible, se comprendían sin dificultades sus procedimientos. Hoy, el ángulo de esa perspectiva (tratándose de Foucault, tal vez fuera

4. G. Deleuze, «Qu'est-ce qu'un dispositif?», en *Michel Foucault, philosophe*, París, Seuil, 1989. En una conversación con Toni Negri, publicada en la revista *Futur antérieur*, en 1990, Deleuze insiste en la misma advertencia, del siguiente modo: «Es verdad que estamos entrando en sociedades de *control* que ya no son exactamente disciplinarias. Se considera a menudo a Foucault como el pensador de las sociedades disciplinarias y de su técnica principal, el *encierro* (no únicamente el hospital o la cárcel, sino también la escuela, la fábrica o el cuartel). Pero, de hecho, Foucault fue uno de los primeros en detectar que estamos saliendo de las sociedades disciplinarias, que ya estamos más allá de ellas. Estamos entrando en sociedades de control, que ya no funcionan mediante el encierro sino mediante un control continuo y una comunicación instantánea. Burroughs fue de los primeros en analizarlas. Ciertamente, seguimos hablando de cárceles, escuelas y hospitales, pero se trata de instituciones en crisis. Y si están en crisis, las luchas relativas a ellas ya son luchas de retaguardia. Lo que se está instaurando tentativamente es un nuevo tipo de sanción, de educación, de vigilancia».

mejor hablar de punto de mira) puede caracterizarse ya rápidamente, más o menos así. Considerada la obra de Foucault según la unidad retórica «libro», diríamos que tal unidad se articula mediante la presión de dos momentos retóricos mayores, que constituyen su principio y su final. Un libro determinado, cuyo mismo título ya enuncia el objeto que se va a problematizar, se abre con la afirmación de que tal objeto es un *invento reciente*. Que tal objeto –la locura, la enfermedad, la sexualidad...– es un *invento reciente* quiere decir que el lugar y la función que ocupa en nuestros discursos y en nuestras instituciones nos son específicos, y que ese modo de sernos específico tiene una historia, reciente y caduca, cuyos pormenores pueden determinarse mediante el análisis. Y además, que entre él y el objeto confuso que parece precederle en la historia y cuya verdad secreta nuestro objeto presente estaría encargado de decir (la sexualidad respecto de la lujuria, la enfermedad mental respecto de la sinrazón o la posesión...), entre ambos no media la línea sinuosa pero continua del progreso de un conocimiento cada vez más adecuado, sino la brusca mutación que separa dos espacios de lo discursivo, dos órdenes de gestión institucional que son entre sí inconmensurables. Sentado como punto de partida el carácter de *invento reciente* de nuestro objeto, el grueso del libro se aplicará a establecer la trabazón de condiciones de posibilidad (tanto discursivas como institucionales, tanto las que atañen a los modos de lo decible como las que remiten a las formas de lo visible) que hubieron de darse cita y converger en un momento histórico determinado para que la emergencia de tal objeto pudiera hacerse necesaria. Las formas de discurso que reconoce-

mos bajo el nombre de *arqueología* o *genealogía* se dan como tarea precisamente el despliegue moroso de estos pormenores. Luego, en sus últimas páginas, el libro se cierra tal como ha comenzado –con un idéntico guiño al afuera del no-saber, con un mismo gesto intempestivo–. El escándalo que levantó el final de *Les mots et les choses* (trad. cast.: *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI, 1997²⁵) ha acabado por entronizarlo como modélico al respecto:

En todo caso, una cosa es cierta: que el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano. Al tomar una cronología relativamente breve y un corte geográfico restringido –la cultura europea a partir del siglo XVI– puede estarse seguro de que el hombre es una invención reciente. El saber no ha rondado durante largo tiempo y oscuramente en torno a él y a sus secretos. De hecho, entre todas las mutaciones que han afectado al saber de las cosas y de su orden, el saber de las identidades, las diferencias, los caracteres, los equivalentes, las palabras –en breve, en medio de todos los episodios de esta profunda historia de lo *Mismo*–, una sola, la que se inició hace un siglo y medio y que quizá está en vías de cerrarse, dejó aparecer la figura del hombre. Y no se trató de una liberación de una vieja inquietud, del paso a la conciencia luminosa de una preocupación milenaria, del acceso a la objetividad de lo que desde hacía mucho tiempo permanecía preso en las creencias o en las filosofías: fue el efecto de un cambio en las disposiciones fundamentales del saber. El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin.

Si esas disposiciones desaparecieran tal como aparecieron, si, por cualquier acontecimiento cuya posibilidad podemos cuando mucho presentir, pero cuya forma y promesa no conocemos por ahora, oscilaran, como lo hizo, a fines del siglo XVIII el suelo del pensamiento clásico, entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena.

De un modo general podríamos decir que éste es el encofrado retórico que preside la obra mayor de Foucault —encofrado desde el que ésta se deja leer como la problematización de uno de nuestros objetos morales eminentes (la locura, la enfermedad, la sexualidad, etc., piezas fundamentales para el establecimiento de nuestra *normalidad* y envite moral privilegiado de una cultura como la nuestra en la que lo moral se articula por elevación de lo normal a normativo), mediante el recurso a establecer su carácter de invento reciente y la plausibilidad de su próximo fin—. Gesto intempestivo pues por el que los valores de nuestro presente se problematizan hasta el límite de su irrealización al someterlos, mediante el detalle de la *historia efectiva* de su pasado y operando un efecto *retroprofético* o de *profecía retrospectiva* desde su supuesto futuro, a una torsión telescópica (es decir, una *mise en abîme*) de la perspectiva habitual que nos los presenta como obvios, naturales y razonables —lento y meticuloso despliegue de ese efecto intempestivo que está en el corazón de toda la crítica nietzscheana.

Hasta aquí, lo que tiene que ver con la tarea analítica. El segundo aspecto, el diagnóstico, era entonces mucho más problemático. Sin duda hubiera sido de

gran ayuda tener a disposición lo que pudo empezar a pensarse diez años más tarde, de la mano de Deleuze. Porque la parte del diagnóstico era lo que más urgía que estuviera disponible sobre el tapete en aquellos tiempos de intenso debate teórico político. Hay que decir sin embargo que el problema se encaró correctamente. Habida cuenta de que de lo que se trataba era de presentar esa nueva perspectiva sobre el funcionamiento de lo político, y presentarla de un modo eficaz, la selección de los textos era la cuestión obviamente fundamental. A la hora de establecer los criterios, a poco de discutirlos con Jacobo Muñoz, casi lo primero que quedó claro es que debía ser un texto que recogiera sus entrevistas, y sólo entrevistas. Entrevistas que cubrieran el periodo que iba desde la fundación del GIP, cuando comienza a aparecer su interés por la cuestión del poder, hasta el momento presente, todas, las mejores. Y es que había en las entrevistas algo diferente, como si allí el Foucault de siempre hiciera además otra cosa, más directa, más comprometida con el presente, más agresiva. En la introducción de 1981, se afirmaba: «En el juego de preguntas y respuestas que siguen a estas páginas se persigue de mil modos la pregunta última, la más grave –aquella que tradicionalmente estaba reservada a los dioses: *la pregunta por el porvenir*». La formulación era todavía torpe, pero andaba encaminada en la dirección correcta, aunque no se acabara de saber bien por qué, ni hasta qué punto. Sin duda, hubiera estado bien contar entonces con la lección de Deleuze, que habría permitido explicar mejor por qué se hizo lo que se hizo de la manera